

**Religión y Espiritualidad en la
sociedad japonesa contemporánea**

FEDERICO LANZACO SALAFRANCA
Universidad de Sofía, Tokio (Japón)

La cultura japonesa puede definirse como un arrecife de coral con cinco arborescencias: Shintoísmo, Confucionismo, Budismo, Taoísmo e Impacto Occidental, constitutivas de su complejidad. Estos cinco componentes inspiran las actitudes del japonés hacia el Individuo, Sociedad y Naturaleza. Pero no son estratos superpuestos, sino olas integradas en simbiosis perfecta. La cultura japonesa, como su lengua, es aglutinante.

Según explica el filósofo Nishida Kitaro (1870-1945), la visión japonesa de la existencia humana (*Weltanschauung*) es vertical e incluye cielo-hombre-tierra en un mismo eje sin distinción esencial. Así también, su modelo cultural es naturalista, con la naturaleza como protagonista principal, cuyo curso incontrolable sigue sumiso el hombre. Es un modelo distinto del humanismo de la pradera mediterránea, con el hombre como protagonista y su poderosa razón dominando la tierra. Y diferente también del modelo deísta del desierto (Israel, Islam), con Dios como protagonista en quien el hombre pone toda su confianza para sobrevivir sin apenas agua en sus asfixiantes arenas. Tres modelos culturales brillantemente expuestas por el pensador Watsu. Es significativo tener presente que, desde los orígenes, *el culto a la belleza de la naturaleza es la contribución más grande de la cultural de Japón al mundo*, como afirma el gran japonólogo Ivan Morris. En efecto, para el japonés, el *PULCRUM* es *SACRUM*: Naturaleza, Arte y Religión es una misma cosa, como enseñaba el magistral Kukai (774-835).

El término *Kami*, traducido como *Dios* es totalmente ambiguo y de significado muy diferente al de nuestra cultura. En realidad, este vocablo japonés incluye variedad de contenidos: Seres singulares de la naturaleza (árbol, montaña, roca,...); personajes egregios (jefe del clan, héroes,...) y Principios o Fuerza vital generadora (*musubi*).

Es fundamental la distinción de estos tres términos japoneses:

- *Shukyo*: religión organizada de un grupo social con sus enseñanzas, liturgias, mandamientos preceptivos, jerarquía, prácticas devocionales.
- *Shukyo gaku*: ciencia de la religión. Estudio académico del fenómeno religioso. Con sus apartados de historia de las religiones, sociología de la religión, fenomenología de la religión, etc.
- *Shukyo shin*: espiritualidad, actitud del corazón con aceptación de valores que trascienden el interés egoísta material del individuo.

LA RELIGIÓN EN EL JAPÓN DE HOY

1.- Estadísticas oficiales

Según las estadísticas oficiales, Japón presenta hoy las siguientes creencias:

- Shintoísmo: 117 millones de creyentes.
- Budismo: 90 millones de creyentes.
- Otras (nuevas religiones): 11 millones de creyentes.
- Cristianismo: 1,5 millones de creyentes.
- TOTAL: 219,5 millones de creyentes, procedentes del *Japan Statistical Yearbook*, Tokio, 1997, ya que el total de la población japonesa es de 126 millones de habitantes. No es una multiplicación de panes y peces, sino simplemente un reflejo de la actitud ecléctica-sincrética de Japón. Sus creencias religiosas, al igual que sus costumbres de vivienda, comida, vestido, ocio,... es aglutinante-asimilativa, no excluyente.

2.- Críticas del ciudadano en contra de la Religión

Para el hombre de la calle, el vocablo *Religión (Shukyo)* es, en general, una palabra fea, desvalorada y anticuada. La gran mayoría de ciudadanos de la gran urbe, si son preguntados sobre qué religión profesan, se sentirán incómodos ante la pregunta y muchos no dudarán en responder que ninguna.

La sociedad japonesa, especialmente el estamento universitario (409 universidades y 710 *junior colleges*), desde el final de la Segunda Guerra Mundial, simpatizaba con las ideologías marxistas-maoístas, existencialismo ateo, materialismo cientifista. En consecuencia, existía un gran prejuicio en contra de la religión, fruto de la mentalidad atea-agnóstica. La desacralización del Shintoísmo también contribuyó al desprestigio de creencias religiosas estimadas como fruto de la ignorancia, superstición y debilidad del hombre.

En el año 1967, en colaboración con otros colegas de la Universidad de Sophia, realizamos una amplia encuesta sobre la actitud del hombre de la calle hacia la reli-

gión. El resultado mostró que un 82% de la población encuestada reflejaba la actitud negativa arriba mencionada. En nuestra amplia investigación examinamos el contenido de los libros de texto de la enseñanza japonesa, publicaciones, revistas y encuestas directas al público. Cabe señalar que tales críticas negativas siempre se referían a la religión organizada, no a la espiritualidad.

3.- Críticas de la sociedad japonesa hacia el cristianismo

El ciudadano japonés en la actualidad, a pesar de una inicial admiración por las enseñanzas evangélicas del Maestro de Galilea y de un sincero aprecio por las actividades cristianas en los sectores educativos y sociales, así como por los valores auténticos cristianos como la persona, la solidaridad humana, la familia, ... mantiene un natural rechazo o indiferencia hacia el cristianismo por las siguientes seis razones:

a.- Problema histórico del siglo ibérico (SS. XVI-XVII):

A pesar de la expansión cristiana iniciada por Francisco Javier, que llega a Japón en 1549, y que probablemente consigue superar el número de medio millón de bautizados, con la conversión de cuatro señores feudales (*daimyo*), la llegada del galeón español *San Felipe* en 1596 provoca el rumor de que *La Cruz de los misioneros precede a la espada del Rey Católico Felipe II*. La rebelión civil de Shimabara de 1637-38, apoyada por ciertos grupos cristianos, desencadenó la supresión del cristianismo y su cruenta persecución desde finales del Siglo XVI hasta su exterminio hacia 1639.

Tal exterminio no fue total ya que en 1865 aparecieron varios grupos de *cristianos escondidos* (*Kakure-kirishitan*) que permanecieron fieles al evangelio durante unos 240 años sin sacerdotes ni misioneros.

b.- Dificil aceptación del Dogma cristiano:

La actitud básica religiosa del japonés arranca del corazón y no de la aceptación de verdades que superan la comprensión humana. El contenido del catecismo católico, por ejemplo, resulta muy duro para el carácter japonés: la existencia de un Dios personal trino y uno, redención, encarnación, pecado original, el parto virginal de la Virgen María, su ascensión a los cielos, la infalibilidad pontificia,... sienten especial aversión hacia la idea cruenta de sacrificio, el crucifijo. Así, les resulta incomprendible la exigencia de una redención mediante la muerte sangrienta de Jesús ante un padre justiciero. La existencia de un infierno eterno. El monopolio exclusivo de salvación en la Iglesia católica. Los relatos bíblicos tomados en su sentido literal sin la debida comprensión ofrecida por los *géneros literarios* de las culturas babilónicas parecen simples mitologías de un pasado brumoso. Conviene tener presente que en toda la cultura japonesa no existe la costumbre de ofrecer sacrificios de animales domésticos. El pueblo japonés nunca ha sido ganadero ni pastor. Siempre ha vivido de la agricultura y de la pesca. La práctica y las misma idea de sacrificio es totalmente ajena y extraña a la cultura japonesa.

c.- Liturgia no adaptada a la mentalidad japonesa:

El rico contenido litúrgico católico resulta asimismo muy ajeno a la cultura del Japón. En especial la misa, comunión y confesión. La reactualización del sacrificio sangriento de Jesús repugna a la cultura agrícola no pastoril. El dogma de la transubstanciación del pan resulta pura especulación intelectual de la filosofía clásica occidental. Y los asistentes, a pesar de todos los esfuerzos realizados en estos últimos tiempos, no dejan de sentirse aislados unos de otros en una ceremonia extraña, fundamentalmente de obligado cumplimiento individual. Y la práctica de la confesión ante un sacerdote resulta incomprensible en una cultura de moral basada en la vergüenza social y no en el pecado individual.

d.- Escándalo del comportamiento cristiano:

El triste testimonio histórico de la moral católica repetido constantemente, elimina para el japonés la credibilidad del mensaje evangélico. Esta realidad me causa honda tristeza. Para la Licenciatura de Teología escribí mi tesina sobre la actitud de la primitiva Iglesia ante la cultura pagana greco-romana durante los Siglos I-IV. Es conmovedor ver el principal argumento convincente presentado por los Padres Apologistas para atraer a los miembros del Imperio a la verdad evangélica: era el testimonio de la alta moralidad de los cristianos. Argumento expresado en las famosas afirmaciones: *Christiani non eloquimur magna, sed vivimos magna* (los cristianos no hablamos de grandes cosas, sino que vivimos cosas grandiosas), Minucias Felix (S. II-III). *Melius est tacere et esse quam loquentem non esse* (más vale callar y ser, que hablar y no ser), Ignacio de Antioquia, S. I-II. *Christiani anima mundi* (los cristianos son el alma del mundo), Epístola a Diogneto, S. II. En efecto, el ejemplo y testimonio de la vida cristiana en aquellos principios de los seguidores de Jesús era la mejor prueba de la veracidad del Evangelio. En cambio, la historia de la cristiandad, aunque atesora auténticos testimonios del mensaje del Buen Maestro en todos los siglos y naciones, bien reconocidos por todos, sin embargo es lamentable un constante escándalo a través de los tiempos.

Todos los excesos del Césaropapismo de la Iglesia, las sucesivas guerras (Cruzadas, guerras de religión que asolaron los campos europeos), la práctica cruenta de la implacable Inquisición con su quema y tortura de brujas y herejes, la persecución de judíos y musulmanes, la destrucción de las culturas indígenas iberoamericanas con la consiguiente confiscación de bienes y reducción a la esclavitud si no se convertían a la fe católica... Y, en nuestros tiempos de la sociedad industrializada, la opresión de la clase obrera y agrícola por empresarios y terratenientes sin escrúpulos de compaginar su cumplimiento de asistencia a los actos religiosos con su explotación injusta de los trabajadores. La ambigüedad y silencio de la jerarquía en tantas ocasiones ante políticos corruptos con abuso de poder contra la más elemental justicia y respeto a los derechos humanos... Y, en otro orden de ejercicio del magisterio eclesiástico, la im-

posición de enseñanzas intolerables, la inhumana moral sexual que tanto sufrimiento y angustia causa a adolescentes y jóvenes matrimonios, la intransigencia empecinada e incomprensible del posible uso de preservativos contra el sida.

No sorprende, pues, un natural rechazo en una actitud generalizada de la sociedad japonesa hacia la aceptación de formar parte de la comunidad cristiana siendo miembro formal de la religión organizada del cristianismo, en especial de la Iglesia Católica. E, insisto, tal crítica negativa aprecia y admira las enseñanzas del evangelio, las obras educativas y sociales de los diferentes grupos cristianos y el testimonio inspirador de la madre Teresa de Calcuta. Pero la evaluación general histórica no deja de ser negativa.

e.- El aparato eclesiástico de poder y riqueza:

Al ciudadano japonés le resulta muy difícil entender –y más aceptar– el mensaje espiritual evangélico ofuscado y asfixiado por el aparato material de la Iglesia jerárquica católica. La realidad del Estado del Vaticano le parece obvia contradicción con la enseñanza básica de Jesús de que *Mi reino no es de este mundo* (Juan 18:36). El espectáculo cuasi teatral mediático que ofrecen las televisiones con ocasión del fallecimiento y elección de los Papas no necesita comentario. Los palacios, la vestimenta, los cortejos de los Príncipes de la Iglesia (cardenales), toda la parafernalia de la Guardia Suiza... Todo este marco estructural confirma y justifica el estatus sociopolítico del Papa como Jefe de Estado, remanente viviente de los desfasados Estados Pontificios que tanto ensangrentaron el suelo de la Italia actual. El carácter dictatorial dogmático de las enseñanzas de Roma, exigiendo plena y ciega obediencia y sumisión eliminan y conculcan el derecho inalienable de la responsabilidad personal de la conciencia de los fieles.

f.- Tal vez deberíamos añadir una sexta razón que presenta una imagen *extranjera* del cristianismo en vista del número mayoritario de sacerdotes y misioneros no japoneses. Sobre todo, en general, por un deficiente conocimiento de la lengua y cultura japonesa. El aprendizaje de la lengua es durísimo, y así apenas queda tiempo para estudiar la vasta cultura japonesa. El resultado es que a menudo la religión católica es *bata kusai* (extranjera, *sabe a mantequilla*, alimento no tradicional japonés).

En resumen, para un japonés, hacerse cristiano, sobre todo católico, es algo muy complicado, muy poco razonable y muy difícil de comprender por su contenido dogmático-litúrgico-moral; y más difícil todavía aceptar su historia. Me parece muy ilustrativo recordar el debate que tuvo lugar entre dos egregios pensadores católicos: el inglés Hillaire Belloc (1870-1953) y el francés Jacques Maritain (1882-1973). Belloc afirmaba convencido que *La fe es Europa y Europa es la fe* (en su obra *Europe of the faith*, 1920) mientras que Maritain, casi indignado, le respondía que *Europa no es la*

fe ni la fe es Europa, ya que la Iglesia es universal, todas las naciones y culturas están como en su casa con ella (ver su libro *The things that aren't Caesar's*).

Lo cierto es que, aunque teóricamente Maritain afirma una verdad indudable, la historia parece dar la razón a Belloc. El Concilio Vaticano II aclaró este debate por primera vez en los últimos siglos y la Iglesia Católica ha realizado importantes cambios de *aggiornamento* en sus principios y valoraciones oficiales de otras culturas y religiones. En su declaración sobre la relación de la Iglesia con otras religiones (Roma, 1965) se acepta el reconocimiento de auténticas *semillas divinas* (*logos spermatikos*), en feliz expresión del Padre de la Iglesia San Justino del Siglo II, en las diversas culturas y religiones de todos los tiempos.

Con todo, es muy doloroso, aunque bien comprensible, la crítica negativa del autor japonés católico Endo Shusaku, fallecido en los últimos años, en su famosa novela –todo un *best seller* en Japón– *Chinmoku* (*El silencio de Dios*). El argumento presenta, en estilo vibrante y trágico, la incompatibilidad cultural entre el cristianismo y Japón en el período de las persecuciones cristianas por el gobierno japonés a finales del Siglo XVI y principios del XVII. Uno de los personajes de la novela no duda en afirmar:

*El cristianismo es como una mujer fea, pegajosa y estéril que no es aceptada como Doncella casadera. La sociedad japonesa no la quiere como regalo... La semilla del cristianismo no fructifica en Japón no por culpa de las cruentas persecuciones, sino porque **no se adapta a su tierra**. Japón es para el cristianismo como un lodazal.*

Esta estimación podrá parecer exagerada, pero explica el parvo éxito evangelizador alcanzado a pesar de los ingentes esfuerzos y ayudas realizadas en la misión de Japón.

Como final de esta primera parte y contrapunto de las críticas japonesas a la religión y al cristianismo, me parece de la mayor importancia recordar el hecho histórico de que los cristianos de la primitiva Iglesia de los Siglos I-IV fueron acusados por el pueblo romano de *ateos* y *irreligiosos* precisamente porque rechazaban la idolatría, la superstición y la magia. Así se manifestaban aquellos Padres de la Iglesia: Minucia Felix, Eusebio de Cesarea, Dio Celsius, Tertuliano. No podemos cambiar la historia de la cristiandad, pero el seguidor de Jesús sí puede hoy proclamarse también *ateo*, porque no acepta la ignorancia, la superstición, las prácticas de magia y ocultismo y las debilidades enfermizas como base de la auténtica fe cristiana. Creemos en la ciencia, en el progreso, en el valor de la persona humana, en el disfrute del sexo personalizado y en la responsabilidad de colaborar para la construcción de un mundo mejor cimentado en la libertad, paz y justicia.

Pero también creemos, con la misma firmeza, en la auténtica apertura del hombre a la dimensión profunda de su existencia. Así, creemos en la espiritualidad en una sociedad que parece deshumanizada y entregada al culto pagano del consumismo materialista que nos rodea, que ofrece abundancia de cosas materiales pero nos priva de la abundancia de la plenitud de corazón que Jesús enseñó (Juan 10:10).

CREENCIAS Y PRÁCTICAS RELIGIOSAS ACTUALES EN JAPÓN

Tal vez el mejor testimonio del eclecticismo religioso del ciudadano japonés aparece en la práctica no infrecuente de presentar a los recién nacidos al santuario shintoísta, así como a los niños de *shichi.go.san* (3, 5 y 7 años) para pedir la protección de los dioses tutelares. Celebrar la boda en una iglesia cristiana (aún sin ser bautizados). Asistir a las reuniones de las nuevas religiones en busca de calor humano y soporte anímico en la soledad de la gran ciudad. Y, finalmente, celebrar los ritos funerarios en un templo budista. Muy arraigadas permanecen en el corazón del Japón popular las prácticas adivinatorias, el respeto por los días de buena y mala suerte, remanentes del influjo del Taoísmo en la cultura japonesa. Japón es un verdadero museo de religiones. Pero en realidad las creencias y prácticas religiosas en el Japón de hoy se centran en el Shintoísmo y Budismo.

1.- Shintoísmo

El Shintoísmo nacionalista desapareció al final de la II Guerra mundial con la declaración solemne del Emperador Hiro Hito despojándose de su naturaleza y descendencia divina y de la superioridad del Imperio del Sol Naciente sobre todos los demás países del mundo por sus mitológicas prerrogativas de ser el país de los dioses. Pero, como acaba de escribir el Vice-presidente de la Organización Nacional de Santuarios Shintoístas, Tanaka Tsunekiyo, *las raíces tradicionales shintoístas están en los mismos genes de los japoneses y casi todos ellos siguen inconscientemente el Shintoísmo desde que se levantan por la mañana hasta que se acuestan por la noche* (Chuokoron, marzo 2007).

Tal vez nos sorprenda, pero la realidad es que, a pesar de todas las críticas negativas hacia toda religión organizada, la vida actual japonesa está íntimamente impregnada de prácticas y sentimientos emocionales de origen shintoísta que afloran en las tradiciones, folklore y costumbres populares.

En primer lugar, hay que citar el altar shintoísta (*kamidana*) venerado en el lugar de honor de la vivienda japonesa, algo en declive en los apartamentos minúsculos de la metrópolis actual. Viene decorado con flores, arroz, sake... y aquí se recuerdan los antepasados fallecidos y se les pide su tutelaje. Después, conviene destacar el

riquísimo colorido de sus festivales (*omatsuri*), que se celebran a lo largo y a lo ancho de toda la geografía del país con gran tipismo local. No me parece exagerado afirmar que difícilmente se encontrará otro país que ofrezca tal exquisita variedad de festejos populares. La gran mayoría de los festivales están centrados en un santuario shintoísta local, en donde se veneran las deidades tutelares de la región y se les pide su continuada protección. El pueblo participa con entusiasmo en las ceremonias que suelen incluir *monoimi* (purificación), *sonaemono* (ofrendas), *naorai* (ágape comunal) y festejos diversos como la conocida procesión del *omikoshi*, receptáculo representativo del habitáculo portátil de la divinidad local, llevada a hombros por los jóvenes entusiastas recorriendo las calles del pueblo para expresar la comunidad existente entre la divinidad y los habitantes. También suelen representarse danzas con acompañamiento musical (*kagura*) de antiquísima raigambre con la participación de sacerdotes (*kannushi*) y doncellas (*miko*) al servicio del santuario shintoísta.

Hay que tener presente la sensibilidad exquisita japonesa ante los cambios estacionales que determinan la fertilidad de sus arrozales, principal sustento tradicional. Y así acuden a la protección continuada del dios tutelar (*chinju*, dios tutelar de la aldea y *ujigami*, dios tutelar del clan): en primavera, para la siembra del arroz, en verano para el control adecuado del riego y la exterminación de plagas; en otoño, para la siega y en invierno para el descanso de los dioses en el campo.

Como ejemplo concreto de las creencias populares de los campesinos japoneses me parece interesante citar el caso del rito anual de una aldea de la prefectura de Ishikawa, que expresa la cohabitabilidad de la divinidad local y el hombre: el día 5 de diciembre el jefe de la familia va a su campo, marca tres surcos en la tierra en busca del dios que allí habita. Hace como si lo recogiera con las dos manos y lo coloca sobre un abanico; se lo lleva a casa con gran primor y lo emplaza en el altar familiar, *kamidana*, y le dice: por favor, tómate un descanso: *shibaraku, oyasumi kudasai*. A continuación le ofrece té y una abundante comida. El día 9 de febrero, después del descanso de la divinidad, prepara su regreso al campo. Prepara unas ramas de pino dentro de un saco de semillas de arroz. Purifica el ambiente con fuego nuevo de pedernal y obsequia a la divinidad con una suculenta comida de despedida, diciéndole: come en abundancia tranquilo (*goyukkuri, meshiagari kudasai*). Y el día 11 de febrero traslada el dios al arrozal. Planta allí un pino porque los árboles de hoja perenne son los habitáculos de los dioses. Es la primera faena agrícola del año.

He tenido ocasión de ver un vídeo reciente sobre estos festivales en diversas localidades agrícolas y, en verdad, impresiona la seriedad e importancia atribuidas a tales ceremonias. Expresan el testimonio sincero de un pueblo totalmente ajeno a las declaraciones de políticos y críticas de técnicos materialistas.

También destacan en Japón las Fiestas estacionales (*nenchu goyji*), conocidas como *sekku* en el calendario del archipiélago y que, originalmente, se celebraban con ofrendas a dioses tutelares en determinadas fechas del año. Entre las más populares

debemos mencionar *Hatsumode*, la visita a santuarios shintoístas al comienzo del Año Nuevo, en donde destaca el brillante colorido de exquisitos kimonos y la fe de los visitantes pidiendo protección para el año que comienza. Las viviendas están bellamente decoradas (*oshogatsu kazari*) para dar la bienvenida a los espíritus de los familiares difuntos y pedir su protección.

El 3 de marzo se celebra la fiesta de las Muñecas (*Hina matsuri*) y el 5 de mayo la fiesta de los niños varones (*Koi nobori*). El 15 de noviembre se visitan de nuevo los santuarios shintoístas con motivo del *shichi.go.san*, los 3,5 años de los niños y los 3,7 años de las niñas para pedir su buena salud y crecimiento.

Entre las Fiestas Nacionales (*kyujitsu*), en total 13 días festivos en el calendario japonés, merece atención el 11 de febrero (*keekoku.kinen*), aniversario de la fundación de Japón, según la creencia shintoísta de la ascensión al trono del primer emperador humano Jinmu (660 a. C.)

Llama la atención del occidental la celebración shintoísta de inauguraciones de nuevas fábricas, edificios importantes, centros deportivos... con la presencia ritual del sacerdote shintoísta que bendice el edificio con ritos de purificación y bendición. Sigue, todavía en bastantes casos, el ritual de boda shintoísta (*san.san.kudo*), con el vistoso atavío de la novia y la bebida ritual de sake.

Es extremadamente popular todavía hoy la obtención de amuletos (*onamori, mayoke...*) en los santuarios shintoístas con modestas ofrendas en metálico para implorar salud, éxito en el trabajo, en el amor, seguridad en el tráfico de coches... basta recordar que cada año se entregan más de seis millones de amuletos *Jingu, tama*. Son talismanes que cuelgan en la delantera del coche, en la habitación, en el lugar de trabajo. Otra de las prácticas más populares es la peregrinación a los grandes santuarios shintoístas del país: Ise, Izumo, Inari, Kumano... Impacta la belleza natural del santuario emplazado en la espesura de bosques y brumosas montañas. Impresiona el espíritu de auténtico recogimiento y devoción de los peregrinos procedentes de toda la geografía del país. Finalmente, la práctica cotidiana de la purificación del baño (*Ofuro*) es considerada como remanente de tradición shintoísta.

2.- Budismo

Así como la religión shintoísta es esencialmente una religión de la vida, el budismo, por el contrario, es la religión de la muerte en la cultura japonesa.

En efecto, al fallecimiento del japonés se celebra *tsuya*, una vigilia. Se prepara una habitación con una gran fotografía del difunto, acompañado de sus objetos preferidos (un bate de baseball, una pelota de golf, etc.), con ofrendas de arroz y unos palillos. Los visitantes van pasando uno detrás de otro, hacen reverencia delante de la fotografía y queman una varilla de incienso. Al día siguiente de la defunción, el cadáver es trasladado al crematorio y es incinerado. Durante la cremación, los asistentes esperan en una sala y al terminar, con ayuda de unos palillos, van recogiendo frag-

mentos de la caja de incineración y se depositan en una urna. Al final, el encargado vacía todas las cenizas en la urna. Esta urna se enterrará en el cementerio familiar con una tableta o lápida de piedra con el nuevo nombre del difunto, escrito en ideogramas de refinada caligrafía. La presencia de un bonzo budista es parte de la ceremonia y de la vigilia, con su recital de oraciones según petición de los familiares.

Se celebran ritos funerarios budistas los días séptimo, cuadragésimo noveno, centésimo y justo un año después del fallecimiento. Durante todo este período la familia está de luto, evita fiestas y se abstiene de enviar las tradicionales felicitaciones de Año Nuevo.

Merece mención especial la fiesta de las linternas, *obon*, que se celebra en las comunidades locales a mitad del verano. Es la despedida de los espíritus de los difuntos que regresan a su mansión después de visitar a sus familiares vivos en la tierra. La fiesta consiste en la botadura de pequeños barquitos con una vela encendida que se lanzan al mar, río o lago de la localidad durante la noche. También es costumbre celebrar los equinoccios de primavera (*haru.no.higan*) y otoño (*aki.no.higan*) con ceremonias en los templos budistas, visitas a las tumbas de los familiares, etc.

Finalmente, es importante costumbre la construcción y veneración del altar familiar budista, *butsudan*, que suele existir conjuntamente con el altar shintoísta en las viviendas japonesas. Ante este altar se ora por los antepasados y se pide protección continuada.

Incluso hoy día, en las grandes ciudades, no es infrecuente que adultos se retiren uno o dos días a un templo budista Zen para serenar su espíritu y concentrar sus energías dispersas. También persiste la costumbre de leer o recitar algunos *sutras*, escrituras budistas.

Para completar un análisis comprensivo de las creencias y prácticas religiosas en el Japón actual, se debería presentar alguna explicación de las variopintas Nuevas Religiones: *Rissho.Kosei.kai*, con 6,5 millones de fieles; *Soka.Gakkai*, con 8 millones de adeptos; *Reiyu.kai*, 3 millones; *Seicho.no.Ie*, 800.000 seguidores. Nuevas Religiones que se distinguen por el carácter carismático de sus líderes, la ayuda mutua de comunicación humana, su colaboración por la prosperidad y la paz internacional; sus raíces provienen de creencias shintoístas, confucionistas, budistas, etc. Recientemente han perdido vitalidad, aunque *Soka.Gakkai* conserva su fuerza con su vertiente política muy activa en el Parlamento japonés.

LA ESPIRITUALIDAD JAPONESA

El contenido de la espiritualidad japonesa no se refiere a la fe en la existencia de un dios personal y absoluto, ni a la inmortalidad del alma, ni a la bienaventuranza

eterna, tres pilares de lo que entendemos normalmente como fe religiosa. Esta ausencia de firme creencia será responsable de la *irreligiosidad* del ciudadano japonés actual. Y, sin embargo, sí existe la espiritualidad japonesa en muchos hombres y mujeres, jóvenes y viejos, intelectuales y campesinos de la sociedad contemporánea japonesa.

En mi opinión, podrían reducirse a dos los grupos de población que no parecen mostrar interés por la espiritualidad del hombre. En primer lugar, algunos profesionales –incluidas las *career women*– que parecen centrar todos sus valores en el éxito, mejora de status, posición financiera desahogada, que les permita un mayor disfrute de la abundancia de placeres y comodidades que nos ofrece nuestra generosa cultura del ocio. Naturalmente, aquí también se incluirían los trabajadores y campesinos que, en su nivel, participen de esta escala de valores. El joven autor de la reciente obra *Competencia*, Alejandro Macarrón (Almuzara, Madrid, 2006), define claramente este grupo. El camino propuesto en nuestra vida es simplemente *el arte de obtener provecho de los demás para nuestro propio interés*. Y este principio se aplica a todas las relaciones humanas, no sólo en el mundo de los negocios y la política, sino que se extiende a la familia, amigos,... Es un estricto darwinismo de supervivencia del más fuerte, más hábil. Es un simple egoísmo individual, nada más. El segundo grupo ofrece un triste espectáculo. Incluye cuatro estilos de vida motivados por la reestructuración empresarial y el deseo de una vida personal sin el encorsetamiento de estructuras laborales tradicionales: en primer lugar, el grupo de los *Furita*, jóvenes licenciados que deciden no incorporarse a ninguna empresa. Escogen un trabajo de autónomos, sin jefes, ni horarios, ni reglamentos; a veces, tal estilo de vida viene impuesto por la imposibilidad de encontrar un trabajo estable. En segundo lugar estarían los *Nito*, término procedente del inglés *no employment, no education, no training*. No buscan ni quieren un empleo, una educación universitaria, ni entrenamiento artesano profesional. Los *Parasito shinguru* (parásitos solteros), son jóvenes licenciados, con buen trabajo, pero que siguen viviendo en casa de sus padres. Saben disfrutar de la vida sin ningún compromiso. Por último, los *Hikikomori* son los jóvenes encerrados en sí mismos, no desean ver a nadie, pasan todo el día en un rincón tumbados en casa de sus padres. Han perdido toda esperanza de encontrar un futuro gratificante. Se sienten excluidos, rechazados por la sociedad. Ha desaparecido toda la motivación tradicional de sacar una buena carrera y así encontrar un buen trabajo. Hoy las empresas se dedican al trabajo temporal, efectúan despidos antes impensables... estas personas necesitan cuidado psicológico y el gobierno japonés ha dotado fondos especiales para su atención.

No es mi intención incluir a todos los miembros de los cuatro grupos como desinteresados por la espiritualidad, pero sí poner de relieve que viven un estilo de vida difícil de compaginar con una sensibilidad espiritual.

Según mi esbozo del contenido de la espiritualidad japonesa, ésta se resumiría en tres componentes distintivos:

1.- **Comunión emotiva ante la belleza sacra de la naturaleza**

Hay que resaltar que el comienzo de la espiritualidad japonesa no se basa en la aceptación de unas verdades intelectuales. Brota de una experiencia personal del corazón del hombre itinerante en este mundo. Es una experiencia impactante, originaria de lo que me atrevería a llamar el *arquetipo ancestral* de las raíces más autóctonas de la cultura japonesa.

La palabra japonesa que mejor expresa tal conmoción es *aware* en su primera acepción original. Una profunda admiración de un *joh!*, *jah!* Ante la belleza del paisaje y entorno del País del Solo Naciente que le despierta un sentimiento entrañable e inefable de su encuentro personal con la inconmensurable energía sacra del *fascinosum et tremens* de la naturaleza.

Al corazón japonés de todos los tiempos le impacta la sacralidad que percibe en la belleza y energía vital del paisaje natural del archipiélago. Hoy, su razón le repite que no hay *kamis* (dioses) en su entorno, pero su corazón le confirma que el entorno privilegiado de sus islas le descubren y le hacen percibir su comunión con algo sagrado, indefinible, que trasciende la fragilidad y la pequeñez de su propio yo individual.

Esta profunda conmoción ante la belleza sagrada de la energía vital es admirada no sólo ante el espectáculo fascinante y temible de la Gran Naturaleza (montañas, árboles, rocas, terremotos, volcanes, tifones, maremotos...), también arrebatada el corazón japonés la simple contemplación de la policromía y multivalencia de la Pequeña Naturaleza (insectos, flores, pájaros...). Y en tal encuentro y conmoción ante el misterio de la vida, el japonés se siente sumergido, diluido, fundido, abrazado e identificado con la naturaleza. Y al sentirse fusionado con la naturaleza maravillosa experimenta una plena confianza filial en ella, se arrebujaba y arroja en su maternal regazo y se abandona a su curso incontrolable.

Así, la naturaleza para el japonés es su auténtica madre dotada de toda hermosura, vitalidad y potencia. Ella lo engendra, amamanta y conserva, también ella recibirá sus restos. Como consecuencia de este encuentro e identificación con la naturaleza, el japonés experimenta una profunda tranquilidad de espíritu. Todo el estrés acumulado de nuestra vida agitada, la soledad existencial, las tensiones aceleradas, las angustias y preocupaciones de la incertidumbre que rodea nuestra efímera existencia, los engaños e irritaciones originados casi continuamente en nuestras relaciones humanas, todo el cielo tormentoso y turbulento que parece a veces engullirnos y asfixiarnos como por la fuerza de un tifón tsunami... de repente todo escampa, se aclara, se serena, se calma. Sus energías casi exhaustas y dispersas vuelven a su centro y se reintegran concentradas. Una reconfortante seguridad inunda de nuevo el espíritu de alegría, fuerza y esperanza. Queremos vivir, y con toda plenitud, día a día.

Esta profunda experiencia de íntimo encuentro y comunión –*deai, majiwari*– de plenitud, paz y percepción de algo sacro, completamente distinto a todo y superior a la efímera existencia de los seres individuos de la naturaleza fue el impactante sentimiento que embargó al egregio poeta Saigyō (1118-1190), admirado como uno de los representantes más genuinos del alma japonesa. Este magistral itinerante peregrino, al llegar a un ancestral santuario semiperdido en la espesura de un bosque sagrado bañado con cristalinas y límpidas aguas, nos dejó el siguiente poema, *waka*, testimonio supremo de la auténtica espiritualidad japonesa de todos los tiempos:

<i>Nanigo no</i>	<i>¿Qué divinidad se venera aquí?</i>
<i>Owashimasu kawa</i>	<i>No lo sé.</i>
<i>Shiranedomo</i>	<i>Sólo mi corazón</i>
<i>Katajikenasa ni</i>	<i>desborda en lágrimas</i>
<i>Namida kobururu</i>	<i>de agradecimiento.</i>

Éste es, en verdad, el auténtico sentimiento que inunda el corazón japonés en su encuentro con la belleza, vida y fuerza sacra que habita en su querido país. Una honda gratitud es lo que le embarga ante el misterio que envuelve nuestra existencia. No sabe de contenidos doctrinales, ni preceptivas antinaturales, pero sí experimenta algo muy real y profundo que fundamenta las raíces de todo ser y vida. Y en ello deposita su confianza y recibe estímulo alegre durante las brumosas y tormentosas vicisitudes de su caminar por este mundo. Su vida está en comunión con esta fuente inagotable de energía de todo lo existente.

2.- Renovación periódica de encuentros con la Naturaleza

En la religión organizada, por ejemplo la Iglesia Católica, la asistencia y participación en ceremonias litúrgicas periódicas es de la mayor importancia. La espiritualidad japonesa no cuenta con tal ceremonial de culto público, pero sí incluye una renovación periódica de encuentros personales con la naturaleza que me atrevería a asemejarlos a cierta liturgia de carácter ambiental individual. Muchos japoneses buscan encuentros de comunión íntima con la naturaleza con la frecuencia y modalidad que les permite su apretada agenda laboral.

Los lugares preferidos pueden ser los hermosos santuarios shintoístas y templos budistas, los parques públicos abundantes y exquisitamente bien cuidados, cercanos montes y playas... En limitadas ocasiones durante el año se animará a visitar alguno de sus muchos Parques Nacionales distribuidos por toda la geografía del país, disfrutando del placer de las aguas termales. Excursiones estacionales para contemplar el *hanami*, la floración del cerezo en primavera y la policromía exquisita del *momiji*, de las hojas otoñales del arce. Solo, o mejor acompañado de su pareja, va a sus lugares favoritos de entorno bello y tranquilo y deja que su cansado corazón se

sumerja plenamente en el ambiente natural de su privilegiado archipiélago. Así, sus pulmones aspiran el aire límpido con sabor a mar o montaña, sus ojos se cierran y deja que sus sentidos se empapen de la fragancia del campo, del susurro del viento, del zumbido de los insectos, del trino de los pájaros, del ritmo retornante de las olas, del roce de sus mejillas con la brisa marina o el vientecillo vivificante de la montaña... de esta manera, sumergido, transcurre el tiempo en un parón sedante del reloj. Es hora, al fin, de volver al quehacer cotidiano, pero las pilas están bien cargadas. Nos sentimos renovados, llenos de luz, alegría, paz y energía para seguir caminando en la armoniosa identidad de Cielo-Hombre-Tierra. Regresamos a casa con un corazón limpio, luminoso, honrado y sincero, valores todos estos que promovían los decretos imperiales de antes del año 800 d. C.

3.- Comportamiento ético cotidiano

Es el tercer elemento constitutivo de lo que me parece ser la espiritualidad autóctona japonesa. Pocos países presentarán una conducta de tan alta moralidad cotidiana como la sociedad japonesa de todos los tiempos. Y si antes hemos identificado el *Pulchrum* con el *Sacrum*, ahora hay que indicar que desde los tiempos más remotos los ancestros japoneses identificaron también el *Bonum* como *Puchrum*. Las crónicas de Kojiki y Nihon Shoki (712 y 720, respectivamente) describen el comportamiento bueno como bello y el malo como feo. Para las buenas acciones se usan indistintamente los vocablos *Zen*, *Yoghi* (bueno, bien), *Uruwashiku* (bello), *Kiyoki* (limpio), *Akaki* (luminoso)... y para las malas *Aku*, *Ashi* (malo, mal), *Minikui* (feo), *Kitanai* (sucio), *Kuraki* (tenebroso).

La creencia shintoísta ancestral es que el hombre naturalmente busca el bien y evita el mal, con un comportamiento bello o feo, respectivamente. Y su código de conducta podría resumirse así: «la conducta que aporta beneficios al grupo al que uno pertenece es buena/bella, y la que causa daño es mala/fea». Y lo que siempre importa es formar y mantener un corazón limpio, luminoso, honrado, sincero, y no hay preceptiva casuística especial.

Conviene repetir que el comportamiento ético japonés brota de una responsabilidad social de vergüenza, y no de una conciencia individual de pecado. Este principio básico inspira un estilo de vida natural, sencillo y austero, con apertura a los demás viviendo el *Nakaima*, el día a día, con dedicación y alegría. La laboriosidad japonesa es proverbial a lo largo de toda su historia. El japonés trabaja de buena gana (el trabajo no es ni castigo ni un mal necesario para vivir, trabaja bien con programa: no improvisa, trabaja bien en equipo: no es individualista y, finalmente, trabaja bien, con programa, en equipo, siempre mejorando lo que hace. Mis más de cincuenta años de convivencia estrecha con japoneses, tanto en la vida universitaria como empresarial, me confirman plenamente la absoluta veracidad de tan sorprendente comportamiento.

Para terminar este capítulo, y como mejor resumen, me parece apropiado citar el famoso poema de Miyazawa Kenji (1896-1933) que todos los japoneses aprenden en sus años escolares:

*Sin dejarme vencer por la lluvia
ni por el viento,
ni por la nieve, ni por el calor estival.
Mantener un cuerpo sano,
Sin codicia,
sin arrogancia,
sonreír siempre con bondad.
Comer cuatro cuencos de simple arroz al día
con sopa de miso y unas pocas verduras.
No preocuparse demasiado por ningún asunto.
Escuchar y observar atentamente,
comprender y no olvidar.
Vivir en una casita de campo,
bajo el cobijo de los pinos.
Y si hay un niño enfermo en el Este,
correr a socorrerle.
Si cae una madre enferma en el Oeste
ir allá y llevarle arroz.
Si alguien esté en el umbral de la muerte
ir también, y decir que no hay nada que temer.
Si ocurre alguna riña o disputa en el Norte
detenerla, y decirles que disputar no conduce a nada.
Derramar lágrimas ante una prolongada sequía,
ser llamado tonto por todos,
no recibir alabanzas,
no sufrir por ello.
Una tal actitud de corazón
desearía yo llegar a tener.*

Este es el corazón de *Yamato* que inspira la conducta de Japón como arquetipo ancestral de sus más auténticos valores, que ofrecen el testimonio de una vida Taif, sencilla, natural y generosa. Esta es la espiritualidad japonesa.

CONCLUSIÓN

Al corazón japonés le resulta muy embrollado y complicado aceptar todo el aparato de una religión organizada porque:

- Sus dogmas y enseñanzas le parecen del todo elucubraciones especulativas, contrarias a la buena razón y el sentido común.
- Las historias de sus libros sagrados se confunden a menudo con mitologías e ignorancias de tiempos prehistóricos.
- Los ritos y ceremoniales litúrgicos les resultan extraños a su vida moderna.
- Las exigencias casuísticas preceptivas les parecen del todo intolerables, antinaturales y suponen una flagrante conculcación de la responsabilidad de su conciencia personal.
- Todo el sistema estructural, burocrático, de una jerarquía absolutista y obsoleta resulta inaceptable al libre ciudadano de una sociedad contemporánea.

De esta manera, aceptar todo este *aparato* de una religión organizada representa imponerse una carga asfixiante que le complica su ya complicada vida cotidiana. Y en lugar de sentir una liberación, le supone en verdad un agobio razonablemente inaceptable al implicar una despersonalización de su existencia.

Por otra parte, y con la misma firmeza, muchos ciudadanos japoneses experimentan un vivo rechazo del materialismo consumista que les rodea. Sienten una profunda vaciedad e insatisfacción de corazón, arrastrados por el torbellino de cosas que les ofrece el constante bombardeo de una publicidad engañosa materialista. Y sienten una profunda aversión hacia el egoísmo rabioso del individualismo competitivo que les acosa por todas partes. No, éste tampoco es el estilo y calidad de vida que muchos japoneses desean. El japonés de hoy, más que nunca, busca y desea la plenitud de corazón (*kokoro no tuyakasa*) y no la abundancia de cosas (*mono no yatakasa*), siendo más aunque teniendo menos. Y añora el camino ancestral de sus raíces del País del Sol Naciente de la sencillez, naturalidad, austeridad y limpieza de corazón. Y, sobre todo, busca vivir en comunión íntima con la naturaleza, fuente de vida y energía, en solidaridad con sus semejantes, colaborando alegremente en la construcción de un mundo mejor en la armonía de Cielo-Hombre-Tierra. Este es el camino de la espiritualidad japonesa. No es el camino de los dioses, sino el camino del corazón.

Y una reflexión final que aclare el binomio Religión-Espiritualidad: Japón es una cultura no de *contenidos* (ideologías intelectuales) sino de *formas* (caminos). Al japonés le resulta muy ajeno aceptar una espiritualidad de experiencia personal emotiva con actitudes (formas) que le hacen sentir una plenitud, profundidad y honda paz de corazón, inexpresable en palabras y explicaciones racionales, siguiendo caminos de solidaridad y armonía con los demás y en comunión con la Naturaleza.

Tal camino de forma de vida puede incluir diversos niveles de espiritualidad, según expuso el magistral Kukai en su obra *Juju Shinron* (año 830):

- Un comportamiento moral de la persona con apertura a los demás y a su entorno.
- Búsqueda sincera de plenitud de vida impactado por el *Sacrum* de la bella Naturaleza que esboza el comportamiento religioso explícito.
- Percepción de la Última Realidad, raíz y fundamento de todo ser y vida, que culmina la experiencia religiosa de la comunión con el uno en el todo del universo.

Y, en cualquier caso, el denominador común de toda espiritualidad es seguir un camino de vida no dominado por el egoísmo cerrado de un *yo* absoluto, sólo preocupado por su propio interés aprovechándose y utilizando a los demás para su provecho individual. En otras palabras, mientras la característica distintiva de la religión organizada se expresa en un verbo transitivo de *Crear*, con un complemento directo (Dios, Jesucristo, Iglesia), la espiritualidad japonesa se expresa con el verbo intransitivo de una *Praxis* –en japonés *Shugyo*– de seguir un camino de plenitud de corazón en comunión con el Cielo-Hombre-Tierra.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA (EN ESPAÑOL)

- ANESAKI, M., *Mitología japonesa*, Barcelona, Olimpo Edicomunicación, 1996.
- HAYA, V., *El corazón del haiku: expresión de lo sagrado*, Madrid, Mandela-Ediciones Alquitara, 2002.
- LANZACO SALAFRANCA, F., *Introducción a la cultura japonesa. Pensamiento y Religión*, Valladolid, Universidad, 2002.
- LANZACO SALAFRANCA, F., *Los valores éticos en la cultura clásica japonesa*, Madrid, Verbum, 2003.
- LANZACO SALAFRANCA, F., *Religión y espiritualidad en la sociedad japonesa contemporánea*, Zaragoza, Universidad, 2008.
- NAKANO, K., *La Felicidad de la pobreza Noble*, Madrid, Maeva ediciones, 1996.
- TANAKA, T., «El Shintoísmo y los japoneses», en *Cuadernos de Japón*, Vol. XX, nº 2, 2007.
- WATSUJI, T., *El Hombre y su ambiente*, Madrid, Miguel Castellote, 1973.
- YAMADA, M., SAITO, Tamaki y GENDA, Yuji, «Freeter y Neet en la juventud actual japonesa», en *Cuadernos de Japón*, Vol. XVIII, nº 1, 2005.